

## Inventamos o erramos: nota sobre Vélez Reina

Gustavo Guerrero

Como otros poetas venezolanos de su generación –pienso en Udón Pérez, en Ezequiel Bujanda e incluso en Andrés Mata–, Víctor Vélez Reina (1870-1919) sigue siendo prácticamente un desconocido no sólo en Hispanoamérica y en España sino incluso en la propia Venezuela. No son muchos, en verdad, los que lo han leído y menos aún los que han escrito algo sobre sus concisos y singulares versos. Existen tan sólo dos ensayos monográficos y un puñado de artículos que debemos, en su mayoría, a la infatigable curiosidad de los *scholars* norteamericanos y europeos, siempre dispuestos a entregarse al estudio de nuestras cosas con ese amor minucioso y gratuito que a menudo nos sorprende y avergüenza. Allá por los años cincuenta, uno de ellos, F. L. Karsen, escribió que Vélez Reina «no tuvo más renombre porque la brevedad de su obra y su trágico destino lo fueron dejando al margen de las principales corrientes posmodernistas de la poesía de la América Hispánica»<sup>1</sup>. Vale la pena discutir esta opinión –que, dicho sea de paso, podría aplicarse también a la aciaga fortuna de Ramos Sucre–, ya que en ella se condensan, como en un huecograbado, los elementos necesarios para volver a examinar el extraño caso de Vélez Reina. Sin saberlo –y acaso muy a su pesar–, Karsen es el primero que se hace eco de la difícil recepción de una obra que escapa a las categorizaciones de nuestra historia literaria y ante la cual nuestra historiografía se ha comportado como ya ha venido haciéndolo con otros raros, a saber: extendiendo el manto de un prolongado e impotente silencio.

A Víctor Vélez Reina no le faltaron, sin embargo, condiciones para llegar a ser una de las figuras de la poesía modernista hispanoamericana. Nacido en Barquisimeto, en el seno de una familia de origen andino, fue el primogénito y principal heredero del pequeño imperio cafetalero de los Vélez Iturbe –una bandería de caudillos trujillanos que recibió tierras y prebendas en pago de sus servicios durante la Guerra Federal. Sabemos que, de niño, asistió al estudio que la Compañía de Jesús mantenía en su ciudad

<sup>1</sup> F. L. Karsen: «Spanish-American Decadent Poets in Paris: 1900-1914» in *Romanic Review*, n.º 54, New York, 1951, pp. 61-79.

natal y allí aprendió su cartilla y algo de latín y de griego. Como recuerda aún muchos años después de una de las cartas que le envía a su hermano Julián desde Europa, la influencia de los padres jesuitas fue decisiva para apartarlo del comercio y de las armas. Con ellos hace sus primeras letras y estudia no sólo la hagiografía cristiana sino también la famosa retórica de Hermosilla<sup>2</sup>.

No tenemos más datos sobre su adolescencia barquisimetana, pero es probable que, como otros jóvenes de origen andino, haya dudado entre seguir el bachillerato en Colombia o marchar a Caracas. Lo cierto es que, ya en 1888, se encuentra en la capital venezolana donde lleva la vida disipada del provinciano rico, entre fiestas, paseos y algunas escandalosas aventuras que ya anuncian al bohemio parisino. Se conservan así noticias de un duelo o una pelea por líos de faldas que casi le cuesta la vida en los carnavales de 1893. Por ese entonces Vélez Reina funge de administrador en una empresa de la familia, Iturbe Hermanos, aunque es de suponer que poco trabaja y menos estudia —se sabe que nunca terminó el bachillerato. No quisiera perderme, sin embargo, en pormenores y anécdotas pues, en realidad, son dos los eventos mayores que marcan su período caraqueño: el encuentro con José Asunción Silva y el nacimiento de su vocación literaria.

Vélez Reina conoce al poeta colombiano en un paseo a la quinta de la familia Erazo en octubre de 1894. Así lo recuerda en su correspondencia y no en una sino en varias cartas que describen la fascinación del joven ante ese hombre exquisito y atormentado que pedía té, vestía paños ingleses, hablaba de Bourget y de Odilon Redon, y decía que sólo podía lavarse las manos con *Pear's Soap*. Silva lo recibe en la legación de Colombia y pronto lo incorpora al selecto círculo de amistades que le visita en su hotel. Allí las prolongadas charlas, los comentarios de libros y revistas, y acaso alguna que otra confidencia sobre la sociedad caraqueña van dando forma a una relación —diría incluso a un discipulado— que le lleva a aprender inglés y francés, y lo convierte en un asiduo visitante de la biblioteca de Revengo —el único lugar de la Caracas del general Crespo donde se podían hallar ejemplares de Renan, de Taine, de Spencer y de Barrès. No es improbable que Vélez Reina ya hubiese empezado a escribir poesía antes de conocer a Silva, pero la impronta del colombiano es tan honda en su trayectoria que

<sup>2</sup> *La correspondencia del poeta con sus amigos y con su familia fue reunida por su viuda a comienzos de los años veinte y forma hoy parte del archivo en posesión de Mme Lina Dumontet en París. Sirva la ocasión para agradecer su generosa colaboración en la preparación de esta nota.*

no sería exagerado afirmar que este encuentro tiene el valor de una revelación y un comienzo. Nuestro joven paleta se transfigura: copia las maneras del dandy, opina con gracia y ligereza sobre autores, obras y sucesos, y publica en la prensa algunos versos llenos de ambición. Es más, la influencia de Silva parece determinante en otro aspecto de su vida: la decisión de abandonar Caracas y marchar a Europa –un proyecto aplazado varias veces por la oposición de la familia, y que sólo podrá realizar tras la muerte de su padre en 1889, cuando entra en plena posesión de su herencia.

Nueva York, Madrid y, al fin, París: su viaje resume un itinerario clásico en tiempos del modernismo. No así los caminos de su escritura que se inicia con una serie de endecasílabos: la breve *plaquette* intitulada *Niñas del sol* (1904) que sorprende, entre otros, a su amigo y protector Gómez Carrillo. Publicada a cuenta de autor en las ediciones de Garnier Frères –y sin duda con el apoyo del guatemalteco–, el cuadernillo da a conocer a Vélez Reina en los círculos literarios hispano-parisienses y le gana desde temprano la reputación de poeta decadente y bohemio que le acompañará hasta el final<sup>3</sup>. En esas páginas, alternando aciertos y balbuceos, conjuga el repertorio del maldito con una temática erótica que, por su exotismo, es de clara fuente parnasiana pero, en la que se destaca, como figura central, no ya la odalisca de zalemas orientales sino la guaricha venezolana: la hermosa adolescente coqueta y provocadora, el ángel y demonio de los trópicos.

Que yo sepa, nadie había intentado inscribir antes este mito criollo en la tipología femenina modernista. La guaricha de Vélez Reina no es la gitani-lla de Darío ni la griseta o la parisina de Gómez Carrillo, ni mucho menos uno de esos seres hieráticos y etéreos surgidos de la imaginación simbolista. «Celebración de mi tierra morena», la llama el poeta en uno de sus versos, insistiendo en la nota telúrica y autóctona que la define, y que hemos de volver a hallar más tarde en la *Doña Bárbara* de Gallegos y, por supuesto, en *La guaricha* de Padrón. Su genealogía literaria se pierde en las tradiciones orales de nuestro criollismo decimonónico, pero *Niñas del sol* es, si acaso no la primera, una de sus primeras manifestaciones poéticas de real importancia. Vélez Reina traza de mil maneras un retrato escorzado de esta *fille en fleur* y asocia su imagen a la evocación de una Venezuela en la distancia. Valga como botón de muestra el poema intitulado «Pastoral».

Con avidez desnudaría tu cuerpo  
y haría vibrar tus pechos en mis manos,

<sup>3</sup> *Niñas del sol, poèmes, Garnier Frères, Paris, 1904, 32 pp.*

inocente, sensual, india y mulata,  
mitad flor, mitad fruto del pecado.

Oh divina guaricha, cruel deseo,  
he seguido tus pasos por los montes  
y espero a que el momento sea propicio  
para ceñir tu talle en la espesura.

Mas no temas, mujer, mi fiero embate,  
soy hombre de aficiones tropicales;  
suavemente sé arder a fuego lento

y sacar de la caña con ternura  
el cálido bouquet, la oscura esencia:  
el perfume del ron más delicado.

Se trata, efectivamente, de un soneto y, para mayor sorpresa, de un soneto sin rimas, salvo la vaga asonancia en el primer cuarteto –recurso al que Vélez Reina apela con relativa frecuencia. Pero no son éstos los únicos motivos de asombro. Como señala otro de sus contados lectores, el costarricense Marcos Vicenzi, «los sonetos de *Niñas del sol* (...) reflejan un intento por crear un ritmo independiente de la melodía verbal y rompen con el lirismo típico de la poesía de Darío, que se impone por entonces a todos, dentro y fuera de nuestro continente»<sup>4</sup>. Original –e incluso inusitado–, el sutil prosaísmo que recorre la *plaque* constituye, sin lugar a duda, el rasgo más sobresaliente de la poesía del venezolano: es la marca que lo distingue de sus contemporáneos y los sitúa incómodamente en su tiempo. Y es que Vélez Reina, marginal como poeta y excéntrico entre los poetas, desplaza los acentos tradicionales del endecasílabo, se aparta de la música del nicaragüense e ignora la orden de Verlaine –*de la musique avant toute chose*– en un momento en que todos eran elementos de la definición misma de la poesía. A la recreación de la guaricha y a su entronización como fantasía literaria se suma así un osado experimento rítmico que prolonga las búsquedas sensoriales de Silva, pero cuyo objetivo principal es deshacerse de las cantilenas modernistas en pro de una dicción más sobria y menos adornada, una palabra estricta y aun ruda que se acerca a la prosa del mundo. «Hoy quiero hablar de ti, mujer sin nombre, / hundiendo mis dos manos en la tierra», escribe en otro soneto de la serie. A la luz de estas exigencias, *Niñas del sol* representa no sólo una fecunda lectura de los versos

<sup>4</sup> Caracteres americanos, *San José*, 1945, p. 39.